

Gaceta ilustrada

¡A cien metros de profundidad!
(Admetilla, campeón del mundo de inmersión)

SIN NOVEDAD EN IFNI

George Kennan y su informe, por Augusto Assía

N.º 64

28 de diciembre de 1957

6 Ptas.



DON HILARIÓN, LA MORENA
Y LA RUBIA 1957

	Pág.
SECUESTRO EN GULIMIN: Un caso misterioso en la frontera de Ifni: la historia del capitán Moureau	5
IFNI: Sin novedad en Ifni	7
EUROPA, 1957: Ni paz ni guerra: miedo. Por Ramón Cunnill. (Fotos: Fiel, Keystone y Cifra Gráfica)	8
MARCHA NUPCIAL: Tres bodas en dos páginas. (Fotos: J. M. Lara y Dalmas)	14
AUGUSTO ASSIA: George Kennan: su informe. (Especial para «G.I.»)	17
HUMOR: Siete dibujos por Eh. (Exclusiva para «G.I.»)	29
TAPICES ESPAÑOLES: Una artesanía medieval entre rascacielos. La Real Fábrica de Tapices de Madrid. Por Juan Antonio Cabezas. (Fotos en negro; Oriol Maspons-Julio Ubiña; en color, Basabe)	22
DESPUÉS DEL ADIÓS: Ingrid Bergman «filma» en Londres. (Reportaje gráfico «London Express News», en exclusiva para «G.I.»)	26
«RECORD» PARA ESPAÑA: A 100 metros de profundidad en el mar. Eduardo Admetlla cuenta su aventura en el fondo del mar (Exclusiva para «G.I.»)	32
CUANDO LA MUJER NO SABE: Escuelas de encanto. Por Angeles Villarta	41
COCO CHANEL: La «reina del perfume», creadora de modas e inventora de joyas. Por Renée Francoise. (Reportaje «Europa», en exclusiva para «G.I.» Fotos: Len Sirman)	46
EL MUNDO Y SUS HOMBRES:	
—168 horas	30
—La semana tuvo sus nombres	30
—Gacetilla de la GACETA	43

DIRECTOR:
Manuel Jiménez Quílez

REDACTOR-JEFE:
Manuel Suárez-Caso

CONFECCIONADOR:
Lorenzo Ugarte

SECRETARIO GENERAL:
Antonio Juliá de Capmany

Dirección y Redacción:
Paseo de Calvo Sotelo, 16 — Teléf.: 25 55 87
Apartado de Correos 1.127
Dirección Telegráfica: Gacilus
MADRID

Secretaría General y Redacción:
Tallers, 62-64, 4.º — Teléf. 22 37 82
Dirección Telegráfica: Gacilus
BARCELONA

Administración y Distribución:
Pelayo, 28
BARCELONA

Precio del ejemplar: 6 ptas.

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN:
España: mensual, ptas. 24 —
trimestral, a 70 —

La suscripción trimestral para Europa, América, África y demás continentes será recargada con el precio del franqueo correspondiente en cada país.

Impreso en los talleres de «La Vanguardia», Barcelona

UN CASO MISTERIOSO EN LA FRONTERA DE IFNI



- 1 Fuerte de Bou-Izakarn, residencia del capitán Moureau.
- 2 Carretera en la que fué raptado.
- 3 Fuerte al que fué enviado y donde se detuvo al «comando» paracandista.
- 4 Carretera sobre la que los moghazniz de Moureau fueron liberados.
- 5 Aldea en la que —según el ex camellero Embarek— fué detenido.
- 6 Fuerte al mando del teniente Perrin.
- 7 Camino seguido por Perrin y Cacciaguerra, prisioneros de los marroquíes.
- 8 Región en la que Perrin y Cacciaguerra fueron detenidos en 1957.



Un «Citroën 2 CV.» arde delante del Arco de Triunfo de París en las manifestaciones celebradas en abril de 1957 pidiendo la verdad sobre Moureau

EN una tarde calurosa de comienzos del verano, un apuesto oficial francés llamado René Moureau salió de su residencia, en Bou-Izakarn, un pequeño puesto al sur de Marruecos, entre el Sahara y el territorio español de Ifni, para dirigirse a Gulimin, poblado a unos cincuenta kilómetros de Izakarn. Moureau montó en su coche acompañado de dos soldados marroquíes y en poco más de media hora estuvo en casa de su compatriota el doctor Andrieu, médico de Gulimin, que le había invitado a cenar. No era el único comensal y la cena transcurrió, por cierto, agradablemente. A las once de la noche el capitán se despidió de sus amigos y volvió a montar en su coche. Era el día 23 de junio de 1956. No se ha vuelto a saber más de él.

sigue



El día de la liberación de Perrin tuvieron lugar en París agitadas manifestaciones pro Moureau, cuya suerte aún se ignora

Hace un año y medio que no se sabe nada del capitán Moureau



El teniente Perrin, tras las huellas de su amigo, comprobó que las partidas "rebeldes" están en contacto con las autoridades de Rabat

La mañana del sábado

El día 23 era viernes. A la mañana siguiente, sábado, como el capitán Moureau no apareciera en su despacho, la alarma cundió en Bou-Izakarn; tanto más cuanto que el médico del poblado, el doctor Perrin, que también había sido huésped de su colega de Gulimin, aseguraba haber visto partir al oficial, escoltado por los dos *moghaznis*. Una media hora después, el doctor Perrin, que se había quedado retrasado, charlando de asuntos del gremio, había salido a su vez en dirección a Bou-Izakarn, sin que por el camino hubiera sido molestado por nada ni por nadie, ni siquiera por alguno de los grupos del «ejército de liberación» que patrullan constantemente por aquella zona, entre el Draa y la frontera de Ifni.

Estas bandas ejercían por su cuenta un fantástico «control» de carreteras, cobrando impuestos a los indígenas, amenazando, secuestrando, tiranizando y, en suma, atemorizando a la región. Pero en esta ocasión algunos cabecillas se presentan en Bou-Izakarn dispuestos a «ayudar» a las fuerzas francesas en la búsqueda del oficial desaparecido.

El capitán Moureau es un magnífico oficial, resuelto, valiente y profundo conocedor de este pedazo de Marruecos perdido al borde del desierto; como tantos otros franceses, Moureau es un enamorado de las costumbres y la vida indígenas. ¿No se dice que ha estado casado con una marroquí?

A los pocos días, los *moghaznis* aparecen en Bou-Izakarn sin el jefe. Aseguran que el coche del oficial fué detenido, a pocos kilómetros de Gulimin, por unos desconocidos «disfrazados de gendarmes». Después de haber sido desarmados, les vendaron los ojos y fueron

conducidos «a alguna parte». No volvieron a ver al capitán Moureau. Lahcen y Habid — que así se llaman los dos marroquíes — fueron llevados, al día siguiente, a cierto punto de la carretera que va de Agadir a Igherm, con la orden de regresar al puesto de Izakarn. Ellos no han visto al jefe; ellos no saben nada.

¿Puede creerse en su palabra? Los antecedentes de los *moghaznis* no son demasiado buenos. El superior inmediato, coronel Deborie, que manda la guarnición de Tiznit, no consigue saber más y cuatro días después envía un despacho informando al alto mando, lacónicamente, de lo sucedido.

No podemos cruzarnos de brazos

Naturalmente, aunque la región haya sido siempre difícil de someter y aunque se trata de un terreno donde la astucia juega un papel no menos importante que la fuerza, no puede perderse un oficial francés de Asuntos Indígenas como se pierde un pañuelo de bolsillo. Vivo o muerto, el capitán Moureau debe ser encontrado. El alto mando se toma una prudente espera y al cabo de diez días, el 3 de julio exactamente, envía una compañía de paracaidistas a Foumel-Hassan, a cien kilómetros del pequeño puesto de Bou-Izakarn. Desde allí, los «paras» deberán extenderse hacia Agadir, vigilando las carreteras para impedir que el oficial — al que se supone vivo, por tanto — sea trasladado fuera de la región.

Pero hay algo confuso en todo esto. Después de haber descendido espectacularmente en Foumel-Hassan, los «paras» son retirados a las cuarenta y ocho horas.

¿Qué ocurre? El príncipe Muley Hassan, hijo del Sultán, se inquieta. Es el momento de la integración del «ejército de liberación» a las Fuerzas Reales y Marruecos vive los días más hermosos de su historia, la aurora de la independencia. Un despliegue de fuerza militar por parte de los franceses resulta inoportuno. Sidi Ahmed Balafrech asegura que los marroquíes se bastan y se sobran para poner orden en una zona tradicionalmente inquieta y el príncipe promete que en el término de cuarenta y ocho horas el capitán Moureau recobrará la libertad.

Pero Moureau no aparece. En Francia, sus padres se muestran desesperados. Hay la impresión de que se quiere echar tierra al asunto, pero la familia no se resigna: escriben al jefe del Gabinete Militar, coronel Constantini, el cual les cablegrafía asegurando que se está haciendo todo lo posible «a través de las autoridades del país».

¿Está vivo el capitán Moureau?

Al menos una noticia: «¿Está vivo?»

- Sí, Moureau vive.
- ¿Le han torturado?
- No.
- ¿Por qué no se le rescata?
- El precio es desmesurado.

Los más extraños infundios llegan a Francia. Evidentemente, el capitán era una buena pieza: guapo, arrojado, inteligente y con una no despreciable experiencia africana. La fascinación que esta tierra áspera ejerce sobre los europeos es inexplicable. Moureau era un africano de corazón: pero leal a Francia.

Así lo cree *mademoiselle* Vallet, su prometida. Con esa ciega obstinación de



Paris se conmovió con manifestaciones patrióticas contra Rabat por su inhibición o complicidad en el rapto de Moureau

las mujeres enamoradas, *mademoiselle* escribe, cablegrafía un día y otro día. Porque los días van pasando y el capitán no aparece. ¿Es cierto que le han sacado los ojos y ha sido paseado, entre risas e insultos, por los poblados marroquíes? Muchos de los que hacen burla de él han tomado hace no mucho tiempo una taza de té con menta, en la residencia del oficial, en Bou-Izakarn. Estaban preparando la traición... ¿Y la sonrisa de triunfo de esa mujer misteriosa en cuya compañía se había visto con frecuencia al oficial? Moureau no puede verla, afortunadamente para él.

Yo tenía un camarada

Un mes después, de uno y otro bando, marroquíes y franceses, siguen asegurando que el capitán vive. No es posible dudar de la buena voluntad del Gobierno marroquí, pero la situación no se ha estabilizado en algunas zonas y esta punta del país, entre las posesiones españolas de Ifni y Río de Oro, se escapa a las autoridades de Rabat. Que unas guerrillas revolucionarias se conviertan de la noche a la mañana en un ejército disciplinado no es cosa fácil. Hay que tener paciencia y esperar a que los elementos que han capturado al capitán Moureau se den cuenta de que los días de gloria han pasado y de que los feroces cabecillas de antaño se han convertido en honorables burgueses hogaño.

Mas ni el amor ni la amistad conocen la paciencia. *Mademoiselle* Vallet no se resigna. ¿Y qué puede hacer una mujer, más que escribir cartas y llorar?

Pero el teniente Perrin sí puede hacer algo más efectivo. En África, un camarada es un camarada. Y Perrin no se resigna tampoco a que Moureau desaparezca tras una cortina de humo, tras las buenas promesas de una y otra parte. Es posible que Moureau aparezca algún día, sí..., pero horriblemente mutilado. Perrin conoce las costumbres de los *fellaghas* y el grado de crueldad a que estos pueblos son capaces de llegar, impulsados por su odio a los europeos. ¿No se matan, se degüellan, se mutilan ellos mismos entre sí, por la más pequeña rivalidad?

Perrin, de oasis en oasis, de poblado en poblado, de cabaña en cabaña, registra toda la comarca. ¿Qué secretos no esconde esa gente de rostro prematuramente envejecido, surcado por mil arrugas labradas con un primer inverosímil por el sol ardiente de África — en el rostro joven del capitán Moureau ya había empezado a dejar también las primeras huellas —, gentes que viven de la aventura, del pillaje, de la traición?

Perrin, como Moureau, conoce bien el terreno y lo recorre, palmo a palmo, en busca del amigo. Visita a las tribus, habla con los *cadies*, se pone en contacto con los jefes rebeldes del «ejército de liberación» e incluso con algunos desertores de la Legión extranjera... Todo inútil.

Tras cuatro meses de infructuosa búsqueda, el propio Perrin es hecho prisionero por las bandas «liberadoras». Entonces tiene ocasión de comprobar que los jefes de estas bandas, que Rabat considera como partidas sueltas, están en contacto con las autoridades marroquíes de la metrópoli; uno de ellos lleva sin empacho el uniforme y el bonete verde de las Fuerzas Reales.

Alguien le ha visto

Ciertos objetos pertenecientes al capitán Moureau aparecen misteriosamente aquí y allá, desperdigados en diferentes lugares del sur de Marruecos. Los secuestradores de Moureau ¿circulaban en un «Mercedes» con matrícula de Casablanca? Un antiguo *goumier* del puesto de Hassi-el-Mounir a quien se dió como desertor tiempo antes de la captura de Moureau, aparece en Tindouf diciendo que ha visto al capitán en Akka (cerca de Bou-Izakarn) y que ha hablado con él en dos ocasiones.

No, el capitán no había sido mutilado, aunque desde luego no llevaba su antigua indumentaria militar, ni había sido exhibido, a guisa de escarnio, en los *souks*. Pero sí algunos otros prisioneros

habían sido torturados y expuestos a la multitud antes de ser fusilados.

Otros informes son contradictorios. Según el médico que invitó a cenar al oficial la noche del 23 de junio de 1956, Moureau debió dirigirse, al salir de su casa, a la del caído de Gulimin, Gahman, un *Reguibat* que había sido destituido durante el desgraciado reinado de Ben Arafa y que, en consecuencia, tanto él como sus hijos se habían pasado al «ejército de liberación». Esta suposición coincide con las declaraciones del propio gobernador de Ouarzazate, región vecina a Bou-Izakarn, un marroquí amigo de Francia, Si Mohamed Medboh, que fué capitán del Ejército francés — compañero del propio Moureau — antes de ser nombrado gobernador, asegura a *mademoiselle* Vallet — y aprovecha la ocasión para ponerse a sus pies — que su prometido había sido secuestrado por elementos *reguibats* procedentes de territorio argelino... y sobre los cuales las autoridades marroquíes no tenían ningún poder. La historia de siempre.

¿Qué puede hacerse, *mademoiselle*? *Mademoiselle* seca sus lágrimas y vuelve a escribir de nuevo a los compañeros de Moureau. «¡No pueden consentir que desaparezca sin dejar rastro uno de sus camaradas! ¿Qué seguridad hay para los franceses en Marruecos?».

Demasiado tarde

Pasan los meses y llegan las Navidades de 1956. En el hogar de los Moureau, en Francia, hay un puesto vacío. Y una esperanza, cada vez más vaga: «René vive».

¿Y si un grupo de camaradas intentara una acción por su cuenta, vista la impotencia del Gobierno de Rabat para dilucidar el paradero del oficial francés? La cosa es peligrosa... y podría resultar fatal para el propio Moureau. ¿Quién dice que le encontrarían vivo? Sin una información segura y precisa — ¿ha sido capaz el teniente Perrin de recogerla en cuatro meses de infatigable y arriesgada búsqueda? — todo golpe de fuerza resultaría desastroso.

Y pasan los meses. En la primavera de 1957, la familia del oficial desaparecido se dirige al Sultán. Es el momento en que el pueblo del Islam está dispuesto a perdonar a sus enemigos más acérrimos: la Pascua musulmana. El padre de René Moureau escribe a Mohamed V no como ciudadano francés, sino como padre; como un padre a otro padre. Mohamed no contestó. Sin embargo, algún tiempo antes, en ocasión de una visita que el Sultán hizo a Cannes, el propio Maurice Faure, ministro de Asuntos Exteriores, le había arrancado la promesa de ocuparse «personalmente» del caso. Faure, por su parte, dió a la familia del oficial la seguridad de que ese asunto encabezaría cualquier negociación con el Gobierno jerifiano. «Ningún esfuerzo debe escatimarse para que el capitán Moureau sea devuelto a Francia».

¿Qué sucede con el capitán Moureau? ¿Por qué no se dice la verdad? Francia lo exige. Las relaciones entre los dos países, Marruecos y Francia, ganarian mucho si el Gobierno de Su Majestad Mohamed V pudiera aportar pruebas irrecusables de su buena voluntad en este asunto. Pero el misterio, pese a los esfuerzos de personalidades relevantes — el propio Mendès France hace diversas gestiones en el curso de un viaje al antiguo Protectorado, este otoño último, sin ningún resultado —, persiste y los buenos deseos de las autoridades jerifianas no son eficaces a la hora de tranquilizar a la opinión pública francesa.

Las últimas palabras, por ahora, las ha dicho el mariscal Juin. Son unas palabras, por cierto, bien claras: «Cuando se produjo este vergonzoso incidente, las autoridades francesas de Rabat contaban con medios suficientes para despejar la incógnita del secuestro de Moureau y rescatar al oficial. Hoy nuestros representantes no tienen para actuar ni la libertad ni las posibilidades que tuvieron sus predecesores. No pueden hacer lo que ellos no hicieron». Demasiado tarde. El capitán Moureau es un símbolo para Europa. Pero el destino ciega a los que quiere perder.

Sin novedad en IFNI

Cuando el avión en que Mohamed V, de regreso de Washington, tomaba tierra en el aeropuerto de Rabat, es seguro que alguien muy ligado al Rey de Marruecos se mordería de rabia la lengua. En la bienvenida al Sultán no podía ofrecerle el regalo soñado: Ifni. Mientras, a millares de kilómetros las mismas tropas que habían impedido que el torpe sueño se convirtiese en realidad montaban la guardia en el territorio español de Ifni, casi decepcionadas por la inactividad enemiga durante más de diez días. Con los soldados de España, toda la población civil de Sidi Ifni, que no ha sido evacuada ni remotamente desea serlo. La vida sigue su ritmo de siempre, apenas alterado por la presencia de algunas unidades de tropa. Cada mañana en la iglesia católica se celebra la Santa Misa y cada mañana centenares de combatientes comulgan con fervor... El acceso marítimo a la ciudad, como casi siempre, permanece cerrado. (En algunos meses el promedio de días en que este acceso resulta practicable es de dos; en tiempo «bueno», de doce.)

No es ningún secreto para muchos, pero conviene contar la historia de los sucesos desarrollados desde hace un mes en la parte norte del África Occidental española. Hacía ya algunas semanas que algunos incidentes de poca monta con elementos del llamado «ejército de liberación», habían servido para alertar al mando español ante una posible complicación militar. El enemigo eligió para el ataque una oportunidad excepcional: Mohamed V había emprendido un viaje a Estados Unidos, país en el que proyectaba permanecer algunas semanas. Con el Sultán lejos de Rabat muchas posibles dificultades quedaban automáticamente salvadas. El plan consistía en la conquista por sorpresa de Ifni durante el tiempo — mejor, durante el primer tiempo — de esta ausencia; una vez en manos marroquíes el pequeño territorio — lo que parecía ciertamente fácil —. Su Majestad podía muy bien desempeñar en Washington un gran papel y acreditarse de campeón de pacifismo; seguramente se hubiera ofrecido a negociar con la que, sin duda, seguía siendo una nación amiga. Pero con un Ifni arrebatado a su Ejército por unas bandas incontroladas, la posición de España en tan «generosa» negociación hubiera sido dolorosa y humillante. Por fortuna, los hechos no sucedieron así.

Desde un punto de vista militar, la batalla de Ifni tiene una enorme similitud con la de la histórica batalla de Brunete de nuestra Guerra de Liberación. Muchas posiciones del amplio frente fueron desbordadas (al igual que entonces en Villanueva del Pardillo y otras). También, como en Brunete, las guarniciones aisladas resistieron heroicamente y crearon una gran preocupación militar en la espalda del enemigo. De idéntica manera, en Ifni, la resistencia de las posiciones exteriores (Tiliuin, Tiugsa, Tenin, Tzelata de Sbia) permitió que la penetración en profundidad del enemigo quedase grandemente debilitada. Fracasado el golpe de mano sobre Sidi Ifni, fracasó al mismo tiempo toda la operación militar y política proyectada.

Quedó entonces como único problema el de la asistencia a unas posiciones comprometidas en vanguardia. Alguna de estas posiciones resistió durante doce días la presión enemiga; el promedio de resistencia en las restantes fué de nueve días. Para la liberación de estos reductos se organizó una fuerte columna que avanzó hacia el Sur y ocupó la posición de Tiliuin, la más comprometida por encontrarse a pocos kilómetros de la base logística de la agitación. A continuación, la columna fué liberando hombres, armamento y material de esta posición, así como de la de Tzelata: se retiró entonces a la zona de Sidi Ifni, operando en combinación con otras unidades que afluyen por la línea Centro-Este y Norte a liberar las posiciones claves de Tiugsa y de El Tenin. Fueron liberadas, y al detraerse a sus defensores material y efectivos totales hacia Sidi Ifni, el mando español estableció una serie de defensas localizadas en un perímetro entre los 20 y 15 kilómetros de Sidi Ifni, en posiciones dominantes que permiten plenamente a nuestro Ejército mantener su iniciativa allí donde se considere necesaria su presencia.

Ahora el problema fundamental de Ifni es el del aprovisionamiento, pues el acceso marítimo a Sidi es malo y expuesto a continuas interrupciones según el estado del mar. El aéreo cuenta sólo con un aeródromo de pista natural, apoyado entre montaña y mar, el cual — como ha ocurrido en estos últimos días — se encuentra cerrado también con frecuencia a causa de las condiciones meteorológicas.

El mando español tiene que atender al problema de que los abastecimientos estén coordinados con los efectivos de tropa que se encuentran en aquel territorio, y a estos efectos es importantísimo que la defensa se mantenga en una línea de escasas exigencias logísticas. La impresión que se recoge es que esta situación no debe considerarse como permanente, pues resueltos los problemas de abastecimiento, permitirá la organización de la masa de maniobra necesaria para la futura expansión de la zona en que hoy se encuentra.